Juana Manuela Gorriti

Cuentos

# EL GUANTE NEGRO

## I

## La prenda de amistad

Era una de esas deliciosas noches del país argentino. La luna bañaba[1] con sus blancos rayos las encantadas riberas del Plata y hacía brillar entre la sombría verdura de los huertos y alamedas[2] de las mil bellísimas quintas[3], y los palacios de campo que circundan Buenos Aires. Aunque la hora no era avanzada, todo estaba silencioso y desierto en derredor[4] de la gran ciudad, y solo se oía el murmullo de las ondas del vecino río, y el silbido del viento entre las hojas de los sauces.

De repente vino a mezclarse a estos rumores de la naturaleza una voz humana, una divina voz de mujer, que elevándose suave y cautelosa del fondo de una de esas espesas avenidas[5] de árboles, comenzó a cantar con indecible melodía aquella adorable música de Julieta y Romeo:

Sei pur tu che ancor rivedo?

El canto fue interrumpido por el ruido de un carruaje[6] que se acercaba.

Una elegante berlina se detuvo[7] al pie de la escalinata de una quinta. Un cazador vestido de lujosa librea[8] abrió la portezuela[9] y presentó la mano a una bella joven de talle esbelto[10] y flexible, de mirada rápida e imperiosa, que saltando del estribo[11], ligera como un pájaro, subió las gradas de la escalinata, y entró en el vestíbulo.

A su vista, el portero que velaba[12] en la primera antesala se inclinó profundamente.

—Amigo mío —le dijo ella, paseando en derredor su inquieta mirada—, ¿duerme su joven amo[13] de usted?

—Mi amo está herido, señora, y…

—Lo sé, lo sé, y por eso estoy aquí. Condúzcame usted a su cuarto.

El portero hizo una reverencia[14], y guio a la joven por una galería abierta sobre un jardín interior, y deteniéndose delante de una puerta, iba a abrirla para anunciar a la dama, pero esta le apartó[15] sonriendo, abrió ella misma la puerta, atravesó corriendo un elegante salón, y entró en un dormitorio

---

[1] Nel senso di illuminare.
[2] Viali alberati.
[3] Ville.
[4] Intorno a.
[5] Fitti viali.
[6] Carrozza o carro.
[7] Si fermò, dal verbo detenerse.
[8] Livrea: abito distintivo indossato dalla servitù delle famiglie nobili o reali.
[9] Sportello.
[10] Slanciata.
[11] Gradino.
[12] Vigilava, dal verbo velar.
[13] Padrone.
[14] Fece un inchino.
[15] Lo allontanò, dal verbo apartar.

alumbrado por una lámpara de gas, y en cuyo fondo, entre dos manoplas de armas, había un lecho en donde estaba acostado un joven de bella y simpática fisonomía. Su frente alta y espaciosa llevaba el sello de la altivez[16] y de la inteligencia, en sus grandes ojos negros sombreados por largas pestañas, había relámpagos que revelaban el choque[17] de pasiones fuertes y encontradas. Sus brillantes cabellos caían en abultados bucles[18] sobre su cuello, y un bigote negro y sedoso, capaz de matar de envidia a todos los leones del mundo, se retorcía graciosamente sobre una boca que habría hecho palpitar a una mujer de miedo o de amor.

La joven corrió hacia él, y apartándose con una mano el velo de su linda cara…

—¡Wenceslao! —le dijo, presentándole la otra—. ¿No es cierto que he tardado mucho?

—¡Qué veo! ¡Manuelita, vos aquí!

—¿Me habéis llamado ingrata? ¡Oh! Es que, aunque moría de impaciencia y de deseo de venir a veros, no podía sustraerme un momento a las miradas de mi padre, y de esa inicua turba de pretendientes y aduladores que me rodean.

—¡Llamaros ingrata! ¡Yo! ¡Oh, no, Manuelita! Yo sé que habéis pensado en mí, y vuestros más ligeros recuerdos son tan preciosos para mi corazón que no creería poder pagarlos, ni aun dando por vos mi sangre y mi alma… Pero permitid que me convenza de que no es un sueño la dicha[19] de veros aquí, a esta hora, así, inclinada sobre mi lecho.

Y quitando él mismo el guante de tul negro bordado de arabescos, que cubría la linda mano de la joven, imprimió en ella un beso que debió ser muy apasionado, porque Manuelita retiró vivamente su mano, sus ojos se bajaron al suelo, y una nube de rubor[20] cubrió su alta frente.

—¡Lisonjero[21]! —dijo ella, haciendo un esfuerzo para serenarse y sonreír—. ¿Qué hay de más natural que el que yo me encuentre aquí, a esta hora, así inclinada sobre vuestro lecho? Un mal caballero atacó mi honor, creyendo desacreditar así la administración de mi padre; como si la deshonra arrojada[22] sobre la frente de una joven pudiera eclipsar el brillo de la estrella de Rosas el fuerte; vos tomasteis la defensa de vuestra amiga de infancia, desarmasteis a vuestro contrario y le obligasteis a desmentirse desde Montevideo[23]; pero quedasteis herido, y es de mi deber no solo el venir a veros, sino el ser vuestra enfermera. ¡Qué dulces habrían sido para mi corazón los cuidados que os prodigara[24]! Pero me encadenan lejos de vos la necesidad que mi padre tiene de mí y el terror de ese mundo que se ha apoderado de mi vida[25] para destrozarla, ¡como si no fuera aún bastante triste y contrariada! ¡Oh, Wenceslao! ¡Por qué no estamos aún con mi madre y la vuestra bajo las frescas sombras de Luján[26]!

Y la hija del dictador elevó sus ojos al cielo para hacer quizá retroceder sus lágrimas, reclinando tristemente su linda cabeza sobre una de las columnas del lecho.

---

[16] Marchio dell'orgoglio.
[17] Lo scontro.
[18] Voluminosi boccoli.
[19] La gioia o fortuna di vedere Manuelita lì.
[20] Rossore.
[21] Lusinghiero!
[22] Scagliata.
[23] Città in Uruguay.
[24] Le cure che vi avrebbe prodigato.
[25] Ha preso la mia vita, dal verbo apoderarse (impadronirsi).
[26] Città della provincia di Mendoza, in Argentina.

Wenceslao se incorporó sobre su almohada[27], y estrechando la mano de la joven sobre su pecho herido:

—¡Manuelita, hermosa flor nacida entre zarzas[28]! —exclamó—. La sociedad que os posee no es digna de vos; no pudiendo comprenderos, os calumnia[29], pero si un hombre leal, decidido y enérgico puede algo contra la desgracia de vivir en un mundo que no os comprende, mandad, mi vida es vuestra; este corazón que palpita bajo vuestra mano está lleno de adhesión por vos. Confiaos a él, dadle su parte de vuestras penas.

Manuelita estrechó la mano del joven sonriendo melancólicamente.

—¡Ay, amigo mío! —le dijo—. El destino tan envidiado de Manuela Rosas la ha condenado a la soledad y aislamiento del corazón, alejando de ella uno a uno a todos sus amigos. Aquellos que no han emigrado se hallan en el ejército de Lavalle, ese implacable enemigo de mi padre; y aunque yo sé que ellos guardan una tierna memoria de mi amistad, el deber me ordena arrojar[30] de mi corazón el recuerdo de la suya. Vos mismo, Wenceslao, el último y más querido de todos, muy poco tiempo estaréis cerca de mí; pronto dejaréis de ser edecán[31]: he visto en el bufete[32] de mi padre vuestro despacho[33] de segundo jefe del regimiento que manda el coronel Ramírez, vuestro padre, y la orden para que marche al norte aquel regimiento.

—¿Qué decís? ¡Alejarme de… vos! Ausentarme[34] de Buenos Aires. ¡Oh! —exclamó Wenceslao revelando en su acento un dolor misterioso.

La joven lo comprendió, levantose vivamente, y cubriendo su rostro con el velo…

—Adiós, Wenceslao —le dijo, extendiendo la mano sobre la cubierta de la cama, para buscar el guante que aquel habíale quitado—. Son las once y me queda poco tiempo para llegar a Palermo antes que cierren las puertas… Pero… ¿qué he hecho de mi guante?

—Yo lo tengo —dijo Wenceslao, descubriendo su pecho y mostrando el guante sobre el corazón—. Manuelita, deseo conservarlo eternamente en memoria de esta noche. ¿Cómo queréis que lo guarde? ¿Como una conquista o como una prenda?

—Como prenda de amistad —respondió ella alzando con graciosa coquetería la extremidad de su velo, y enviando un beso a Wenceslao desde la puerta.

—¡Me ama! —dijo él cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Manuelita—. Me ama y yo podía ser su esposo, y realizar de este modo la dicha y prosperidad que sueño para mi patria hace tanto tiempo, si un amor fatal no hubiese venido a oscurecer con un soplo[35] tempestuoso el brillante horizonte de ambición y de gloria que se abría para mí. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Por qué te conocí! ¡Por qué tu mirada y tu voz penetraron tan hondamente[36] en mi corazón!

---

[27] Si alzò sul suo cuscino.
[28] Cespugli o rovi.
[29] Vi diffama, dal verbo calumnar.
[30] Liberarmi il cuore.
[31] Aiutante.
[32] Nello studio.
[33] Ufficio.
[34] Lasciare.
[35] Soffio.
[36] Profondamente.

En aquel momento la voz que cantó en la alameda se hizo oír otra vez.

—¡Es su voz! ¡Es ella! —exclamó Wenceslao, incorporándose y oprimiendo el resorte[37] de una puerta secreta que estaba a la cabecera[38] de la cama.

## II

## El guante negro

La puerta se abrió, dejando ver la campiña[39] alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso a una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una joven envuelta en un largo peinador[40] blanco, y con la cabeza cubierta con un velo de gasa[41]. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache[42], descendía en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados[43] ojos negros de anchas pupilas tenían esa larga y profunda mirada que se atribuye a aquellos que leen en el porvenir.

Al verla, el recuerdo de Manuelita, y con él las ideas de gloria y ambición, huyeron[44] de la imaginación de Wenceslao.

—¡Isabel! ¡Mi ángel hermoso, mi hada[45] benéfica! —exclamó—. ¡Ya estás aquí! ¡Oh! Que mi madre perdone la ingratitud de su hijo; pero ¡cuánto bendigo su ausencia que te obliga a venir como mi ángel guardián, entre las sombras y el silencio de la noche a curar con tus manos mi herida, e inundar mi corazón de delicias con la magia de tu mirada, de tu voz y de tu sonrisa. Pero… ¡tú estás pálida… trémula! ¡No tienes ni una caricia, ni una palabra de amor para el que te adora! ¡Isabel! ¿Qué pesar[46] oscurece tu frente, amada mía?

—Nada ha cambiado en torno mío —respondió ella arrodillándose al pie del lecho, y obligando a Wenceslao a recostarse en su almohada—. Nada ha cambiado, el sol ha sido brillante; las flores me han enviado sus más suaves perfumes; los pajarillos me han hecho oír las melodías que han callado en mi arpa desde que tú sufres; las hermosas estrellas de nuestro cielo me sonríen como siempre; tú, a quien amo con idolatría, estás ahí, cerca de mí, y yo leo en tus ojos tu amor; y sin embargo ha habido en ese sol, en esos perfumes, en esas melodías, en la noche, en las estrellas y en tus ojos, ¡algo de lúgubre que pesa como plomo por sobre mi corazón!

”Escucha, Wenceslao. Cuando mi madre me llevaba en su seno, me oyó llorar una noche que velaba, pensando en el ser que iba a dar a luz. Una creencia de nuestro país, supersticiosa si quieres, enseña que cuando un niño llora en el vientre de su madre, si esta guarda el secreto, el niño poseerá el don de adivinación. Mi madre calló creyendo darme la dicha; ¡pobre madre! ¡Ella ignoraba qué funesto presente legaba al destino de su hija! Encadenada como todo lo que existe a ese orden eterno llamado fatalidad, siento llegar la desgracia, sin poder evitarla; conozco su aproximación en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de dónde viene, y el momento en que me herirá. Cuando mi padre cayó

---

[37] La molla.
[38] Alla testa del letto.
[39] Campagna.
[40] Avvolta da un lungo pettine bianco.
[41] Garza.
[42] È una pietra, in particolare è una varietà di lignite, compatta e di colore nero.
[43] Occhi a mandorla.
[44] Fuggirono, dal verbo huir.
[45] Fata.
[46] Tristezza o dispiacere.

bajo los golpes de la Mashorca[47], esa asociación de caribes, ya había yo visto en sueños toda aquella escena. Cada uno de los infortunios de mi vida se ha revelado anticipadamente a mi corazón. Hoy, durante todo el día, me han perseguido las más espantosas alucinaciones; mi espíritu ha visto espectáculos horribles en los que el asesinato ejercía sus sangrientas funciones; he oído la voz de los celos, esa funesta enfermedad de mi alma, gritarme con acento lúgubre: ¡perfidia!, ¡traición! Ahora mismo, Wenceslao, al entrar en tu cuarto he sentido cerca de mí una sombra, un espíritu enemigo que me cerraba el paso, y que como la mano de una rival me rechazaba lejos de ti; y era tanto lo que sufría mi corazón que, al acercarme a tu lecho, al hallarte solo esperando la preshencia y los cuidados de tu Isabel, he bendecido tus heridas que te entregan[48] exclusivamente a mi amor, y he deseado que se prolonguen tus sufrimientos por toda una eternidad.

—Amada mía —respuso Wenceslao, besando con ardor las manos de la joven—, hay palabras que solo deben escucharse de rodillas; tales son las que acabas de pronunciar. ¿Qué he hecho yo para merecer el amor de un ser tan hermoso y sublime como tú? Y cuando poseo esta dicha que me envidiarán los ángeles del cielo, ¿había de pagarla con la perfidia, en vez de una eterna adoración? ¡Oh, Isabel mía! Destierra[49] esos insensatos temores como una injuria hecha a ti misma y a tu amor.

Hablando así Wenceslao era sincero, pues, como hemos dicho, sus ideas de ambición se habían desvanecido a la presencia de Isabel. La joven se sonrió con ternura, moviendo tristemente la cabeza.

En ese momento el reloj del salón dio las doce.

—¡Dios mío! —dijo Isabel—. Es medianoche, y yo no he pensado aún en curar tu herida.

Un terrible recuerdo brilló como un relámpago en la memoria de Wenceslao, que llevó vivamente las manos al pecho.

¡Era tarde! Isabel lo había descubierto para levantar el apósito[50] de la herida.

Un profundo silencio reinó entonces en el cuarto. Wenceslao, inmóvil de confusión y terror, miraba a Isabel que, pálida como una muerta, tenía entre sus manos un guante negro que examinaba con mirada fija y devorante.

De repente sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; de su pecho se exhaló un grito ahogado[51], sus brazos se deslizaron[52] inertes a lo largo de su cuerpo, sus pies vacilaron, y cayendo sobre sus rodillas, ocultó su frente en el suelo.

En la parte interior del guante, sobre la cinta[53] que contiene el resorte, Isabel había leído el nombre de Manuela Rosas.

—¡Isabel! ¡Amada mía, dígnate a escucharme un momento! ¡No me condenes sin oírme! —exclamó Wenceslao tendiendo los brazos para levantarla. Ella lo rechazó en silencio, volviendo a su primera actitud. Largo rato quedó así inmóvil, silenciosa e insensible a las súplicas de Wenceslao.

Después alzó su frente; pasó por ella la mano, como para avivar un recuerdo, y poniéndose en pie:

---

[47] Massoneria.
[48] Ti donano il mio amore.
[49] Scaccia, dal verdbo desterrar.
[50] La medicazione.
[51] Un grido soffocato.
[52] Scivolarono, dal verbo deslizarse.
[53] Nastro.

—¡Oh, padre mío! —exclamó, cruzando los brazos y elevando al cielo su profunda mirada—. Este golpe que hiere mi corazón es el castigo de la hija culpable que, infiel a su juramento, dejaba vagar olvidada vuestra sangrienta sombra, cambiando impíamente vuestra venganza con el amor de un federal.

—¡Ah! Ha sido necesario que él me arroje de su corazón, para que vuelvan al mío el recuerdo de vuestra funesta muerte y el sentimiento de mi deber. Pero aún no es tarde, padre mío. El juramento que os hice bajo las negras bóvedas de vuestro calabozo no habrá sido hecho en vano: yo renuevo aquí el voto de consagrar la sombría existencia que me espera a vuestra venganza, y al triunfo de esa causa, ¡cuyo testimonio sellasteis[54] con el martirio!

Y volviéndose hacia su amante, que la escuchaba consternado:

—¡Adiós, Wenceslao! —le dijo—. Esta es la última vez que pronuncio vuestro nombre, ese nombre que mi labio se complacía en repetir sin cesar porque resonaba en mi corazón como una deliciosa música. ¡Adiós para siempre! Amad en paz a esa Manuela Rosas cuyo gaje[55] de amor lleváis sobre el corazón; y cuando penséis en Isabel, recordadla sin remordimientos[56], pues vuestra perfidia la ha conducido al camino del deber, al mismo tiempo que a vos al de los honores y la dicha.

Al escuchar este terrible sarcasmo, Wenceslao, que permanecía agobiado[57] bajo el peso de una irremisible[58] prueba, alzó con orgullo su pálida frente, y extendiendo la mano con un gesto de autoridad, dijo a la joven, que daba ya un paso hacia la puerta:

—¡Isabel! En nombre de tu padre, escúchame una palabra, ¡una sola!

Isabel volvió hacia él su pálido rostro.

—Todo se ha acabado entre nosotros —dijo ella con voz triste, pero firme—. Un abismo nos separa; en uno de sus bordes estáis vos con Manuela Rosas, en el otro Isabel y la sombra de su padre.

—¡Oh! ¡Isabel! ¿Rehúsas[59] escucharme? Dígnate entonces a decir tú misma, amada mía, ¿qué podré hacer para convencerte de que ninguna otra imagen se ha acercado jamás al santuario que tienes en mi corazón? ¡Habla! Si es necesario descender al infierno para rescatar tu amor, allí bajaré.

Un profundo sollozo[60] elevó el pecho de Isabel, que vacilante y trémula bajó los ojos para que Wenceslao no leyera en ellos su amor.

De repente su mirada cayó sobre el guante negro que estaba en el suelo. Un estremecimiento[61] convulsivo recorrió su cuerpo, en sus negros ojos brilló un rayo de tremenda cólera, y uno de esos malos pensamientos, hijos de los celos, que convierten al ángel en demonio, surgió en su mente y mordió su corazón.

—Que muera para mi amor —murmuró—, ¡con tal de que se aleje para siempre de ella! —Y fijando en Wenceslao una mirada fascinadora—: Hay un sitio —le dijo—, desde donde podríais persuadirme

[54] Avete sigillato, da verbo sellar.
[55] Gratificata di amore.
[56] Rimorsi.
[57] Sopraffatto.
[58] Irricevibile.
[59] Rifiuti di ascoltarmi? (Verbo rehúsar)
[60] Sospiro.
[61] Brivido.

de que lo que he visto esta noche ha sido solo un sueño, uno de esos malos sueños que bajan a torturar el corazón, pero ese sitio está… ¡entre las filas del ejército unitario!

Y desapareció entre las sombras que se extendían al otro lado de la puerta.

Wenceslao quedó un momento anonadado[62] bajo el peso de aquellas terribles palabras. Los ojos se cerraron, su corazón cesó de latir[63], un sudor frío bañó sus sienes[64]. Luego una desesperación inmensa invadió su corazón, sacudiéndolo[65] con su terrible fuerza.

—¡La he perdido para siempre! —exclamó hiriendo su frente—. No me ama ya, ¡pues quiere mi deshonra! Quiere que abandone la causa que desde la niñez ha defendido mi espada, la causa de mi ilustre bienhechor… ¡la de la compañera de mi infancia! ¡Quiere que me haga un traidor, en fin! ¡Oh, Isabel! Jamás… jamás… Pero ¿qué haré en adelante de esta existencia vacía y silenciosa, que no iluminará ya tu amor? ¿Cómo atravesaré esas horas, esos días que encantaba tu presencia? Porque perderte a ti no es solo perder el corazón de una mujer: ¡es perder el aire, la luz, el cielo! ¡Oh, es mejor morir!

Y llevando a su pecho una mano homicida, arrancó el vendaje[66] de su herida, y la desgarró[67].

La sangre, corriendo a borbotones[68] sobre el lecho, adormeció poco a poco la desesperación que devastaba el alma de Wenceslao. Una niebla azul se extendió ante sus ojos, un rumor confuso invadió sus oídos, que cesaron de percibir los ruidos exteriores; el frío de la muerte comenzó a helar sus miembros, y en su corazón se difundió ese sentimiento de paz que debe hallarse al otro lado de la tumba, y que se pinta en el semblante[69] de los cadáveres.

## V

## Una madre

De repente una voz dulce y suave vino a interrumpir el silencio de su agonía.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó entre sollozos—. Tú me has traído para salvarlo. ¡Wenceslao!

—¡Isabel! —murmuró la voz exánime del moribundo.

Al lado de aquel sangriento lecho se hallaba de rodillas una mujer de estatura elevada, de rostro dulce y bello, a pesar de la gran palidez que lo cubría. Se conocía que aquella alma había sentido mucho, y que la hoguera[70] que ardía en su pecho había consumido su vida.

Reclinada la cabeza de Wenceslao sobre su pecho, lo rodeaba con sus brazos y se esforzaba en restañar[71] la sangre que se escapaba de la herida, regando[72] con sus lágrimas la frente del joven y llamándolo en voz baja y cariñosa.

---

[62] Sbalordito.
[63] Battere.
[64] Tempie.
[65] Scuotendolo, dal verbo sacudir.
[66] Staccò la benda, dal verbo arrancar.
[67] La strappò, dal verbo desgarrar.
[68] Correndo a frotte.
[69] Volto.
[70] Fuoco, che ardeva dentro il suo petto.
[71] Fermare.
[72] Innaffiando, dal verbo regar.

—¡Ay! —dijo, cuando oyó en sus labios el nombre de Isabel—. ¡No me reconoce, él ama a otra, no importa! ¡Bendito sea el nombre que le vuelve a la vida! Dios mío, ¡restituídmelo! Y aunque me posponga a todas sus otras afecciones[73], pues yo sé que, aunque él ocupa toda mi alma, no soy yo quien debe ocupar la suya.

¿Quien era esa mujer, que amaba tanto, pero cuya santa abnegación era superior a los celos, ese poderoso demonio que ha hecho su infierno en el corazón humano?

Era una madre.

## IV

## La carta

Algunos días después, aquella misma mujer se paseaba sola, o más bien vagaba como una sombra bajo los elevados árboles del jardín de la quinta. Su frente estaba aun más pálida, y en sus miradas se pintaba una sombría inquietud.

—¡Dios mío! —decía—. ¿Cuál será el origen de ese pesar profundo, de esa espantosa cólera que se ha apoderado de mi esposo, desde que un espía del gobierno le entregó aquella carta? Ha murmurado el nombre de Wenceslao, acompañándolo de horribles imprecaciones. ¡Ay! ¿Qué desgracia amenaza todavía a mi idolatrado hijo? ¡Virgen Santísima! —Continuó besando un relicario que contenía la imagen de María y los cabellos de Wenceslao—. Tú, que padeciste[74] tanto en esta tierra de lágrimas, ¡ten piedad de los sufrimientos de una madre en memoria de tus propios sufrimientos! ¡Protege a mi hijo! Si hay algún peligro bajo sus pies, sálvalo, ¡como lo has hecho otra vez! Hazlo a él feliz, y dadme a mí toda su parte de los males de la vida…

Pero es imposible quedar en esta terrible incertidumbre que me hace padecer un siglo en cada instante. Esa carta debe estar ahí… en su bufete… Él no está allí… Se ha encerrado en el salón. ¡Si yo fuera a buscar esa carta! ¡Sí, iré! ¡Oh, Ramírez! ¡Perdón! No soy una esposa indiscreta que va a escudriñar[75] los secretos de su marido: soy una madre que vela sobre el destino de su hijo.

Y atravesando las largas calles de árboles, cubiertas ya con las sombras de la noche, abrió una ventana baja, y mirando cautelosamente hacia dentro:

—¡Nadie! —murmuró—. ¡Nadie! Y entró en un cuarto ocupado por estantes de libros, panoplias[76] de armas, y un bufete cargado de[77] papeles, sobre el que se elevaba en un rico marco el retrato del general Belgrano.

La mirada de la madre reconoció, entre mil cartas, aquella que deseaba y temía leer, tomola con mano trémula y mirando la letra del sobre escrito:

—¡Dios mío! —dijo abriéndola—. Es de mi Wenceslao, es de mi hijo.

Un guante negro se deslizó de entre los pliegues[78] de la carta, y cayó a los pies de la madre de Wenceslao, que dio un grito.

---

[73] Malattie.
[74] Tu che soffristi, dal verbo padecer.
[75] Scrutare o investigare.
[76] Il complesso delle varie parti di un'armatura, o un insieme di armi assortite, disposte a trofeo per ornamento.
[77] Pieno di.
[78] Pieghe della lettera.

—¡Oh! ¿Por qué me ha causado tanto terror este objeto? ¡Se diría que es la mano de la muerte que viene a posarse sobre mi corazón!

Tendió una mirada en torno suyo y leyó:

“Isabel:

” El hombre a quien has puesto en la horrible alternativa de hacerse un traidor o de vivir sin ti, ese hombre fuerte, a quien sus compañeros llaman el león de los combates, ha sucumbido[79] miserablemente en la lucha del amor con el deber. ¡Oh, vergüenza! Honor, deber, amistad, gratitud, todos los sentimientos nobles del corazón han callado ante la idea de perderte para siempre, de renunciar a la dicha de contemplar tu rostro, de arder bajo el fuego de tu mirada, de sentir el contacto de tu mano, de escuchar el sonido de tu voz.

” Tu amante, para quien el honor era la vida, llevará pronto sobre su frente el sello de la deserción, ese bautismo de oprobio, que la muerte misma no podrá borrar. El ejército de Lavalle se halla a dos jornadas de aquí, y el sol de mañana me verá en sus filas, volviendo mi espada envilecida[80] contra la causa que tenía mis simpatías, contra mi protector, y contra mi mismo padre.

” En esta carta hallarás ese guante, origen de tantos dolores. Envíalo a Manuela Rosas, y hazla decir que el amigo de su infancia, el hombre en cuyo corazón había ella buscado un asilo contra la calumnia, no es ya digno de poseer ese don de la amistad, porque se ha hecho un traidor.

” ¡Isabel! ¡Tú lo has querido! ¡Así sea!”.

La pobre madre no pudo leer las últimas palabras de esta carta. Un temblor convulsivo sacudió sus miembros; el hielo del espanto invadió su corazón; la carta se escapó de sus manos, sus rodillas se doblaron, y cayó en tierra como una masa inerte. Al volver en sí de su largo desmayo, su oído entorpecido todavía percibió dos voces que hablaban cerca de ella. La debilidad que embargaba[81] sus miembros le impedía moverse, y permaneció oculta bajo los largos pliegues de la carpeta[82].

—¡Bracho[83]! —decía el coronel Ramírez a su criado favorito, llamado así por haber nacido en el ardiente desierto de este nombre—. Aunque tengo en ti una confianza ilimitada, necesito que hagas un juramento.

Bracho saludó militarmente y respondió:

—¡Mandad, mi coronel! Vuestro antiguo soldado está pronto a obedeceros.

El coronel se acercó a él, y estrechando fuertemente su mano, puso la otra sobre su propio corazón, y le dijo con voz solemne:

—¡Bracho! Júrame por nuestros días de fatigas y de gloria, y por los inmaculados laureles[84] que durante treinta años hemos recogido juntos sobre los campos de batalla, que guardarás un silencio sepulcral sobre todo lo que va a pasar aquí.

---

[79] Ha ceduto, dal verbo sucumbir.
[80] Corrotta.
[81] Tratteneva i suoi arti, verbo embargar.
[82] Fascicolo o raccoglitore.
[83] Brace!
[84] Allori.

El rostro bronceado y grave de Bracho se volvió más grave todavía; su mano respondió a la presión del coronel, y colocándole igualmente la otra sobre su pecho, respondió con voz firme.

—¡Yo lo juro!

—Bracho —continuó el coronel, señalando un azadón[85] y una pala que estaban en el suelo—, toma esos instrumentos que te he mandado a traer, y abre en ese ángulo del cuarto un hoyo de siete pies de longitud y seis de profundidad.

Bracho, con esa sangre fría, unas veces admirable y otras espantosa, que caracteriza a los hijos de aquel suelo, desclavó una de las extremidades del tapiz y obedeció a su señor. Durante largo rato solo se oyó la respiración oprimida del coronel y los acompasados[86] golpes del azadón de Bracho.

Un horrible presentimiento atravesó el alma de la madre que contuvo su aliento[87] y escuchó.

Cuando el hoyo estuvo hecho, Bracho, apoyándose en el azadón se volvió hacia su jefe.

El coronel se acercó a la negra boca del hoyo, y midió con la vista su profundidad.

—¡Bracho! —dijo con una voz lúgubre que llevó un frío mortal al corazón de la madre—. Dentro de pocas horas ese abismo se cerrará sobre un cadáver. ¡Escucha! —prosiguió—. Hoy, en este mismo sitio, tendrán lugar el juicio y el castigo de un gran crimen, desconocido entre los soldados argentinos, y que todavía no ha manchado[88] nuestros anales militares: ¡la traición! Ve ahora a la ciudad, busca en el cuartel[89] de mi regimiento a su segundo jefe, y dale de mi parte la orden de venir inmediatamente a encontrarme aquí, recomendándole el mayor secreto sobre el lugar donde se dirige.

Bracho hizo un movimiento involuntario de dolorosa sorpresa al escuchar aquella orden. Vaciló y miró a su amo, como si quisiera hablarle; pero una severa mirada de este lo hizo obedecer en silencio.

## V

## Amor de madre

—¡Desertor! —exclamó el coronel, cuando quedó solo—. ¡Desertor! ¡Un soldado argentino, un Ramírez desertor! ¡Sombra de Belgrano[90]! —continuó él con dolor, dirigiéndose al retrato de aquel héroe, sombra augusta de Belgrano—. ¿No os estremecéis[91] de indignación al oír aliar con la infamia el nombre de vuestro amigo, repetido con honor en el detal de cien batallas? ¿No gemís de dolor, al ver deshonradas las cicatrices de vuestro antiguo compañero? Deshonradas no, gracias al cielo, el crimen no ha sido consumado todavía; y esa tumba y este puñal lo sepultarán para siempre con el culpable.

Al ruido metálico que produjo el ancho puñal del coronel, al caer sobre la mesa, se estremecieron las entrañas[92] de la pobre madre, que hasta entonces procuraba persuadirse de que todo aquello era un sueño. Su corazón sintió el frío del acero[93] destinado al corazón de su hijo, y exhalando un grito

---

[85] Zappa.
[86] Burrascosi.
[87] Trattenne il suo respiro, verbo contuvar.
[88] Ha macchiato, dal verbo manchar.
[89] Quartier generale.
[90] È un quartiere di Buenos Aires, situato a nord del centro cittadino.
[91] Tremate, dal verbo estremecerse.
[92] Le viscere.
[93] Acciaio.

desgarrador[94], alzose de repente pálida como un espectro, a los ojos de su marido, que retrocedió espantado exclamando:

—¡Margarita! ¿Qué has venido a buscar aquí?

—¡Ramírez! —gritó ella, con acento lamentable—. ¡Por piedad! Dime que estoy loca, ¡y que son efecto de mi delirio las palabras atroces que te he oído pronunciar! ¡Ramírez! ¡Ramírez! En nombre del cielo, di que esa tumba, ese puñal, esa espantosa sentencia, son solo las alucinaciones de una horrible pesadilla que agita mi mente. ¡Di que no es cierto que tú quieras hacerte el asesino de mi hijo, de nuestro hijo!

—¡Tu hijo! ¡Nuestro hijo! —exclamó el coronel en una explosión de dolor y de indignación—. Ya no le tienes, desventurada mujer; el que fue nuestro hijo es un traidor, que subyugado por una pasión abandonaba el estandarte sagrado de la patria. Los momentos de su existencia están ya contados, y solo pertenece a mi justicia. ¡Margarita! Ve a orar[95] por él, y olvida para siempre el nombre de tu hijo.

—¡Oh! —exclamó la madre con acento profundo y desgarrador—. ¡Que ore por él como por un difunto! ¡Que olvide el nombre de hijo, ese dulcísimo nombre, que hace veinte años es el objeto de mi existencia! ¿Quién lo ha dicho?, ¿quién?… ¡Oh, nadie! … Nadie. ¡Gracias al cielo, estoy loca!, ¡estoy loca!

Y la infeliz recorría el cuarto retorciendo sus brazos y comprimiendo con ambas manos la frente, como para hacer estallar[96] la locura que invocaba.

La tremenda voz del honor ofendido que había sofocado la del amor paternal en el alma del coronel enmudeció[97] ante aquella desesperación de madre. Ramírez sintió despedazarse[98] el corazón y vacilar su terrible resolución. Tendió los brazos a su mujer y le dijo tristemente:

—Margarita, ¡pobre madre! ¡Ven a llorar en el seno de tu esposo, de tu amigo! ¡Yo también tengo necesidad de derramar[99] lágrimas!

Pero de repente sus ojos encontraron la mirada de Belgrano, que destacándose fija y penetrante del fondo sombrío del cuadro, parecía echarle en cara su debilidad.

La vergüenza cubrió entonces de púrpura el rostro desencajado[100] y lívido del coronel. Sus ojos despidieron llamas[101]; y una ancha cicatriz, recuerdo de sus glorias, dibujándose pálida sobre el rubor de su frente, lo coronó como una aureola siniestra.

—No —exclamó, rechazando a su mujer, y yendo a colocarse ante el retrato de su antiguo jefe—. Aquel a quien visteis a vuestro lado arrastrar[102] con serenidad la muerte entre la metralla[103] de los combates no desmentirá su valor ante el cumplimiento de su deber, por terrible que este sea. Si este

---

[94] Straziante.
[95] Pregare.
[96] Esplodere.
[97] Ammutolì, dal verbo enmudecer.
[98] Strapparsi o sbriciolarsi il cuore.
[99] Versare lacrime.
[100] Sgranato o squarciato.
[101] Emisero fuoco.
[102] Trascinare.
[103] Le schegge.

corazón se revela —continuó golpeando su pecho—, yo lo romperé; pero el honor se habrá salvado, ¡porque el culpable perecerá[104]!

—¡Oh! —gritó la madre, lanzándose hacia su marido y apretando convulsivamente su brazo—. ¿Era verdad? ¿Mis oídos me engañaban? ¡Ramírez! ¡Ramírez! ¿Es cierto que ese horrible pensamiento que mi labio rehúsa expresar ha hallado lugar en tu alma? ¡Ah! —continuó, cayendo a los pies del coronel y abrazando sus rodillas—. Si necesitas sangre, ¡he aquí la mía! Toma ese puñal, abre una a una todas mis venas, martirízame, arráncame el corazón, sepúltame viva en esa ignorada tumba, pero ¡ten piedad de mi hijo! Respeta su vida, esa preciosa vida que recién comienza a florecer. ¡Oh, Ramírez! Si has olvidado que eres padre, acuérdate que eres hombre, compadécete de su juventud, de su belleza, de su porvenir, ese hermoso horizonte de promesas y esperanzas que tú quieres robarle. El crimen no ha sido sentido aún: todavía hay lugar para el arrepentimiento[105]. ¿Con qué derecho quieres ser más severo que Dios, que siempre da tiempo al culpable para reconocer su falta?

La hora de debilidad había pasado para el coronel. Sus labios pálidos y severos sonrieron amarga y desdeñosamente.

—¡El arrepentimiento! —exclamó—. ¿Puede redimir un crimen que deshonra, aunque este solo haya existido en el pensamiento? ¡Margarita, tú sabes que no! Tú, que novia todavía, decíais a tu esposo, cuando sin guardias se hallaba en capilla[106] bajo su palabra de honor, ¡Ramírez, muere, pero no te deshonres faltando a la palabra! ¡Nada puede borrar las manchas del honor!

—¡Ah! —respondió ella llorando—. Era esposa, ¡ahora soy madre! ¡Oh! Tú, a quien una mujer llevó en su seno y alimentó con su sangre, en memoria suya ten piedad de la madre que te pide de rodillas la vida de su hijo.

Los pasos de algunos caballos resonaron en el patio de la quinta.

El coronel, tomando entonces violentamente a su esposa en sus brazos, procuró llevarla fuera del cuarto, pero ella se asió[107] de uno de los pies del bufete, y los dedos finos y transparentes de aquella mujer se convirtieron en otros tantos resortes de acero en que se estrelló[108] la fuerza del coronel.

—¡No! No me arrancarán de aquí —decía ella con voz ahogada—. Quiero librar a mi hijo de la muerte, ¡y a ti de un horrendo crimen! ¡Quiero interponer mi pecho entre el tuyo y los golpes de un asesino!

—¡Margarita! —exclamó con voz solemne—. ¡Quieres ver morir a tu hijo! ¡Sea! Lo verás morir, ¡porque juro que nada puede salvarlo!

A estas palabras los ojos de la madre centellearon[109] como los de una leona herida, sus lágrimas se secaron de repente, y poniéndose en pie, pálida y terrible como la imagen de la fatalidad gritó acercándose a su marido:

—¡Ramírez! ¡Es cierto que nada puede salvar a mi hijo del horrible destino que le reservas!

—¡Nada! —respondió con firmeza el coronel.

---

[104] Morirà!
[105] Pentimento.
[106] Cappella.
[107] Si aggrappò, dal verbo asiarse.
[108] Si schiantò, dal verbo estrellarse.
[109] Scintillarono, dal verbo centellear.

—¡Nada! —replicó ella, con acento extraño—. ¡Nada, ni mis ruegos[110], ni mis lágrimas, ni la memoria de los días felices que nos ha dado en los veinte años de su existencia!

—¡Nada! —repitió él con voz lúgubre—. Soy un juez, he condenado a un criminal, y yo mismo ejecutaré la sentencia.

—¡Pues muere tú! —gritó la madre—. Muere tú, porque yo quiero que mi hijo viva, aunque sea sobre las ruinas del mundo.

Y arrebatando[111] el puñal que estaba sobre la mesa, lo sepultó en el corazón de su esposo.

Al mismo tiempo se abrió la puerta, y un grito doloroso y aterrador[112] resonó en el cuarto.

—¡Madre mía! ¡Qué hacéis! —exclamó Wenceslao, precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hacia él con la impasibilidad de la desesperación.

—Mi esposo había jurado matar a un traidor —dijo ella—. Ese traidor era mi hijo, ¡y yo he matado a mi esposo para salvar a mi hijo!

Al día siguiente, a la cabeza de su regimiento, Wenceslao, pálido, sombrío, y llevando en el corazón un triple duelo, marchaba a reunirse con el ejército del general Oribe.

El deber había interpuesto entre él y la felicidad un voto terrible. Sobre el cadáver ensangrentado de su padre, y en las manos de su madre moribunda, había jurado olvidar para siempre a Isabel.

[110] Preghiere.
[111] Strappando o togliendo, dal verbo arrebatar.
[112] Spaventoso.